

WATKINS, M. (2002). *Rediscovering Colors. A Study in Pollyanna Realism*. Dordrecht: Kluwer.

En este libro Watkins defiende a Pollyanna: los colores son aquello que Pollyanna cree que son. Ahora bien, ¿qué cree Pollyanna que son los colores? Pollyanna está convencida de que algunas ideas que todos compartimos acerca de los colores deben ser ciertas. Por ejemplo ésta: normalmente, si vemos que 'esa pelota es roja' es *porque* esa pelota es roja. Pollyanna sabe que afirmar eso implica, por un lado, que los colores son propiedades *de* los objetos y, por otro lado, que los colores son *causalmente responsables* de nuestras percepciones cromáticas. Watkins, con este libro, trata de justificar que, efectivamente, las ancestrales intuiciones de Pollyanna son ciertas, esto es, los colores son aquello que Pollyanna y todos nosotros siempre hemos creído que son: propiedades intrínsecas localizadas en los objetos que son causalmente responsables de nuestras experiencias cromáticas.

Watkins se sirve de Pollyanna, una mera figura literaria, para encarnar la posición filosófica donde, sorprendentemente, la visión fiscalista de la realidad es compatible con las intuiciones básicas acerca de los colores. La intuición más firme de Pollyanna es la siguiente: nosotros percibimos que 'esa pelota es roja' *porque* (eficacia causal) esa *pelota* (localización exterior) es *roja* (propiedad independiente y no reducible, esto es, el referente de 'roja' es el mismo en los dos lados del enunciado causal). De hecho, la labor principal de Watkins se centra en mostrar que concebir los colores *a la Pollyanna* no supone una proliferación de entidades ontológicamente misteriosas en el marco de la concepción fiscalista aceptada. Hasta ahora ese proyecto ha mostrado tener serias dificultades. Por ejemplo, ¿cómo evita Watkins la sobredeterminación causal si acepta, a la vez, que los colores son causalmente eficaces y no reducibles a propiedades físicas? A lo largo del libro, Watkins trata de dar respuesta a ésta y a otras objeciones que se plantean al realismo de Pollyanna.

Según Watkins, la teoría *simple* acerca de los colores, que presenta en el primer capítulo, es la posición de partida para cualquier teoría sobre los colores. Esta teoría, estratégicamente refrendada por Pollyanna, se compone, por un lado, de un listado de tesis aceptadas (los colores son las propiedades de los objetos, intrínsecas e independientes, que causan que los objetos aparezcan de algún color) y, por otro, de un listado de tesis inaceptables (semánticamente, epistemológicamente y ontológicamente inaceptables). Tanto las tesis aceptadas como las tesis inaceptables están basadas, según Watkins, en las intuiciones realistas más elementales y comunes acerca de los colores y de la realidad física. Con ello, Watkins proclama, creo que correctamente, que la fenomenología cromática y el sentido común constituyen el tribunal que finalmente dictaminará cuál es la mejor teoría filosófica acerca de la naturaleza constitucional de los colores: la mejor teoría será aquella que, siendo iguales en los demás aspectos relevantes, respete la mayor cantidad de tesis contenidas por la teoría simple.

En el segundo y tercer capítulo Watkins presenta y critica dos teorías filosóficas acerca de los colores que compiten con el realismo de Pollyanna: el fiscalismo y la teoría relacional. Estos dos capítulos pueden servir como introducción a ambas teorías. Sobre el fiscalismo acerca de los colores, por ejemplo, Watkins presenta tanto las tesis sustanciales como la evolución de las mismas así como sus distintas versiones. En cuanto a las críticas al fiscalismo Watkins expone brillantemente las críticas más conocidas: el fenómeno metamer, la tesis de la *perceptual availability* (que Watkins bautiza como *Hyper-Skepticism*) o el argumento de las verdades cromáticas necesarias contenidas en las relaciones internas del espacio cromático (que Watkins, a mi entender erróneamente, caracteriza como el argumento de la *introspección*). No obstante, presenta también algunas críticas que, hasta donde yo sé, son novedosas y que se basan en la estrategia comparativa entre el realismo de Pollyanna y el fiscalismo acerca de los colores. Watkins trata de mostrar que el fiscalismo no tiene las ventajas que dice tener sobre el realismo de Pollyanna. Así pues, si las dos teorías son iguales en esos aspectos y dado que Pollyanna está más

cerca de la teoría simple que cualquier propuesta fiscalista, la aplicación de la máxima anterior sugiere que el realismo de Pollyanna es preferible a cualquier propuesta fiscalista.

Bajo el título de teorías relacionales Watkins presenta las teorías de Hilbert y de Thompson. Esta elección no es completa e, incluso, puede interpretarse como arbitraria: ¿es el realismo antropológico de Hilbert más *relacional* que, por ejemplo, el disposicionalismo disyuntivo de Smart? A pesar de ello, el análisis de las propuestas de Hilbert y Thompson es suficiente para satisfacer el propósito de Watkins que no es más que argumentar la siguiente idea: ninguna propuesta relacional puede ser una propuesta ontológicamente seria, esto es, las teorías relacionales no pueden acomodar la contribución causal realizada por los colores. Esta crítica es también una aportación de este libro ya que durante los últimos años hay una clara tendencia a presentar propuestas relacionales acerca de los colores que en adelante también deberían tener en consideración esta crítica de Watkins.

Los tres capítulos siguientes constituyen la defensa del realismo cromático de Pollyanna. La pregunta inicial es: ¿cómo se identifican los colores de los objetos? Watkins elabora una propuesta disposicionalista (*Austere Dispositionalism*) para determinar el color de un objeto mostrando qué debe ser verdad de aquel objeto para que dicha atribución sea verídica (que, *ceteris paribus*, aparezca de tal color a algunos observadores normales bajo ciertas condiciones normales). Después, introduce algunas modificaciones en la definición disposicional para resguardarla de las críticas. Por ejemplo, introduce la ostensión en la definición disposicional para evitar que la circularidad de la identificación de los colores sea viciosa.

Una vez identificados los colores, el quinto capítulo aborda lo que constituye el eje central del libro: la metafísica de las propiedades cromáticas. Si los colores no son ni propiedades físicas ni propiedades relacionales, se pregunta, ¿qué son los colores? Los colores *son* disposiciones [104]. Hacer lo que hacen (aparecer de tal o cual manera a sujetos normales en condiciones normales) es parte esencial de su identidad. Sin embargo, los colores no se reducen a lo que hacen, dice Watkins, ni son propiedades relacionales [107]. Para justificar esta última tesis, y de paso escapar de la crítica de Kim que plantea una posible sobredeterminación causal entre los colores y las propiedades físicas que las realizan, Watkins elabora una particular concepción de las disposiciones. Por un lado, en contra de Hume, afirma que las propiedades de los objetos pueden estar esencialmente vinculados con la contribución causal que hacen. Por otro lado, en contra de aquellos que creen que el disposicionalismo está comprometido con el emergentismo, Watkins afirma que las disposiciones no son propiedades emergentes sino propiedades simples de los objetos. Estas propiedades no son reducibles pero su contribución causal no está solapada por las propiedades físicas que las realizan. Este capítulo es quizá el más conflictivo desde el punto de vista analítico (yo he echado en falta, por ejemplo, una defensa del disposicionalismo frente algunas críticas recientes), a pesar de ello creo que es particularmente interesante indagar en los detalles de los argumentos que aquí se presentan, ya que puede contribuir a aclarar no ya la naturaleza de los colores sino también algunas cuestiones de la filosofía de la mente, del significado y de la moral. Por cierto, si alguien está interesado en la aplicación del realismo de Pollyanna a la filosofía moral, el propio Watkins tiene un artículo, que complementa y enriquece de una manera coherente la línea argumental que se desarrolla en el libro [2002, *Australasian Journal of Philosophy*, vol. 80, n. 1: 75-85].

Para terminar con su propuesta, Watkins formula la definición de 'normalidad', también definida disposicionalmente, donde establece cuáles son las condiciones y los sujetos *normales* que se citan en la definición disposicional de los colores. Concretamente, Watkins propone un criterio normativo de normalidad que diga cuáles son las circunstancias y sujetos adecuados para establecer el color verídico en cada caso. El capítulo seis trata esta cuestión que puede leerse también como un artículo independiente en defensa de una propuesta no reductora de las con-

diciones que esencialmente constituyen el criterio de 'normalidad'. Considero que la crítica a las propuestas reductoras es también muy recomendable.

En definitiva, Watkins ofrece su propia propuesta disposicionalista que es fruto de una evolución madura. Pero, además, creo que nos encontramos ante una de las mejores introducciones críticas a la metafísica contemporánea de los colores. Hay que destacar también que este libro es de lectura agradecida. El último capítulo, por ejemplo, es un bello resumen de todo el libro. Para finalizar, me gustaría mandarle un beso a Pollyanna, la simpática reina del realismo, con la cual Watkins mantiene una conversación constante que, por un lado, ameniza la lectura y, por otro, sitúa constantemente el punto esencial del debate.

Ekai TXAPARTEGI

ekai@euskalnet.net

Dep. de Lógica y Filosofía de la Ciencia, UPV/EHU

Av. Tolosa 70. 20018 Donostia

GONZÁLEZ, W. J. (ed.) (2002.) *Diversidad de la explicación científica*. Barcelona: Ariel.

*Diversidad de la explicación científica* es un volumen que tiene dos objetivos fundamentales: i) la aclaración de lo definitorio de la «explicación científica», y ii) la indagación acerca de los tipos de explicaciones aceptables. Es, además, un homenaje a Wesley Salmon, ya que, desgraciadamente, falleció el año pasado en un accidente de tráfico en Madison County (Ohio). Sus dos trabajos del presente libro son una buena muestra de su labor investigadora, ya que se centran en el tema que el autor reconoce haber estado investigando activamente durante más de treinta años. Además, de sus importantes contribuciones, en el presente volumen se recogen trabajos de otros destacados profesores e investigadores: W. J. González, coordinador del libro y de la actividad que le dio origen; Merrilee H. Salmon; Javier Ordóñez; José A. Díez Calzada; Javier Echeverría, Rafaela García Elskamp y David Pineda.

La estructura de *Diversidad de la explicación científica* se compone de cinco partes, en donde se desarrollan el marco teórico, la evolución del problema de la explicación científica, las propuestas para las explicaciones científicas, la estructura y aplicación de las explicaciones causales, y las explicaciones teleológico-causales y funcionales.

En la primera parte del volumen W. J. González traza el *marco teórico* que caracteriza a la «explicación científica». Se centra especialmente en el enfoque de W. C. Salmon. Comienza con el problema de la caracterización de la «explicación científica», en donde expone el planteamiento de la explicación como respuesta a una pregunta *por qué*, una concepción que -a juicio del autor- supera a otro tipo de caracterizaciones, que consideran a la explicación como un argumento o un enunciado. Posteriormente, desarrolla una comparación entre los conceptos de «explicación» y de «predicción» con para poner de relieve la asimetría estructural entre ambas.

Al abordar los tipos de explicaciones atendiendo a facetas metodológicas, González expone tanto la cuádruple caracterización de la explicación científica de Nagel como la propuesta de W. Salmon. Se centra después en las explicaciones científicas causales, la categoría de explicación científica que W. Salmon considera más sólida. A continuación hay un amplio informe sobre la trayectoria académica de este célebre catedrático, para facilitar posteriormente González una amplia y ordenada bibliografía de este autor.

La parte II, “Evolución del problema de la explicación científica”, y la parte III, “Propuestas para las explicaciones científicas”, desarrollan la caracterización de los rasgos propios de la «explicación científica». En el capítulo 2 Javier Ordóñez, en su trabajo *Explicación científica y complejidad*, incide en la adaptación histórica de la «explicación científica»: arranca desde una imagen de simplicidad metodológica hasta llegar a la actual importancia de los sistemas complejos.